

Jakob Streit

Hermano Francisco

*La vida de
Francisco de Asís*



HERMANO FRANCISCO
La vida de Francisco de Asís

por
JAKOB STREIT

Ilustraciones silueta de Roland Marti

Impreso con el apoyo del Fondo Curricular Waldorf

Publicado por: Waldorf Publications del
Instituto de Investigación de Educación Waldorf
(Research Institute for Waldorf Education)
38 Main Street
Chatham, NY 12037

Título: *Hermano Francisco: La vida de Francisco Asís*

Autor: Jakob Streit

Illustrator: Roland Marti

Traductor al español: Claudia Borbolla

Redactor de la edición inglesa: David Mitchell

Corrector de la edición inglesa: Ann Erwin

Cubierta: David Mitchell

© 2013 por AWSNA

Reimpreso en 2014 por Waldorf Publications

Versión inglesa ISBN # 978-1-936367-40-5

Contenido

El laudista	7
Entonces se encontró con su mirada	11
En prisión	14
El ataque	15
La transformación	17
El encuentro	19
Deja la casa de su padre	22
El mendigo de San Damiano	25
Los hermanos de Portiuncula	28
El hermano buey	29
Ángelo y los ladrones	31
Clara y sus hermanas	35
El feroz lobo	37
El grillo en la higuera	39
El sermón de los pájaros	40
Hermano burro	42
La Navidad en la gruta	43
En el Monte Alverno	45
El cántico del sol	49
El pacifista	54
Despedida de la vida terrenal	56

El laudista

Había una vez un chico que amaba la diversión, y era muy guapo, su nombre era Francisco. Una tarde estaba tocando el laúd en lo alto de la terraza, cuando empezó a caer la noche. En el pequeño pueblo de Asís donde él vivía, se hablaba italiano, pero Francisco estaba cantando una canción francesa, pues su madre era de Francia y le había enseñado a cantar. Estaba tratando de encontrar la melodía, así que cantaba muy bajito, mientras lograba que todo sonase con armonía.

La luna acababa de salir, Francisco detuvo su música y miró impresionado al disco plateado en el cielo. Repentinamente, le pareció como si la luna tuviese un rostro y le guiñara un ojo. Tocó unas notas más, miró a la luna, y esta vez ella parecía sonreírle, Francisco le sonrió de vuelta y dijo: “¡Te cantaré a ti!” A todo pulmón comenzó a cantar su alegre melodía francesa, que resonó mucho más allá de los tejados del pequeño pueblo.

Pronto se reunieron algunos niños en la plaza frente a la casa, conocían bien a su amigo de la terraza. Les hubiese gustado unírsele, pero sabían que su rico padre era un caballero aristócrata muy estricto. Nunca permitiría que los niños de la calle entrasen a su casa, pero querían brindarle al cantante de la terraza una muestra de su amistad. Rápidamente reunieron algunas piedras pequeñas, uno de los niños las tomó en su mano, y, con buena puntería, las lanzó a lo alto de la terraza, dejando a Francisco mudo de la sorpresa. Se puso de pie, miró por sobre la orilla hacia la plaza, y reconoció



las sombras de sus amigos. Uno de ellos le llamó: “¡Francisco, baja! ¡Queremos cantar contigo!”

El cantante lo pensó un momento, y respondió: “¡Ya vengo!” Como su padre estaba de viaje por unos días, Francisco pensó: “Traeré a mis amigos aquí arriba, mi madre duerme profundamente en su habitación”. Los niños subieron las escaleras silenciosamente, con sus zapatos de suaves suelas. Algunos se sentaron, otros se reclinaron en el piso de piedra y escucharon el canto y la música alegre de Francisco.

De pronto, uno de ellos vio a un gato negro escabullirse a lo largo de la terraza a la luz de la luna, con la cola en alto, maullando fuertemente. Francisco inmediatamente empezó a cantar una melodía sobre los gatos, esta vez en italiano. Al final de cada verso, había una hilera de “miaus” y todos los niños maullaron junto con él.

Uno de ellos gritó: “¡Francisco, cántanos una canción de burros para poder rebuznar!” El cantante inmediatamente comenzó a cantar acerca del Hermano Burro, que trabajaba largas horas y de vez en cuando recibía una tunda. Cuando llegó el momento, el coro de rebuznes comenzó a cantar al son.

El sonido de la terraza se hizo más y más fuerte. Abajo, en la casa, la madre despertó, se puso una bata y subió las escaleras hasta la terraza. Secretamente se asomó por la grieta de la puerta y sonrió ante el grupo de cantantes. Todo lo que hacía Francisco, su único hijo y adoración, a ella le parecía bien, y ella sabía que cantar asustaba a los malos pensamientos. Pero era bueno que su padre, Bernardone, no estuviese allí. La madre regresó de puntillas a su habitación, y volvió a quedarse dormida.

De pronto Francisco dejó de tocar, le dio una palmada en el hombro a uno de sus amigos y dijo: ¡Ven conmigo!, ¡vamos por

algo!” En el sótano, Francisco encontró a tientos dos jarros de vino, los muchachos los llevaron cuidadosamente de vuelta a la terraza. Ahora algo sucedía, cantar era un trabajo que daba sed. Pronto el ruido fue mucho mayor y acompañado de carcajadas. Cuando los jarros estuvieron vacíos, uno de los muchachos dijo: “¡Vamos por el pueblo despertando a los que duermen!” Antes de que acabara de decirlo, ya estaban en acción. Bajaron por las escaleras dando tumbos hasta llegar al camino empedrado, Francisco iba al frente cantando con todos los demás maullando, rebuznando y relinchando detrás suyo. Y así avanzaron por el pueblo bajo la luz de la luna. Algunas personas se enojaron y gritaron por las ventanas, pero a otros los cantos les parecieron graciosos, y se quedaron de nuevo dormidos.

El sereno les encontró al paso con su linterna y su lanza, les dijo: “¡Silencio!, ¡silencio señores!. ¡Dejen a los ciudadanos dormir!” A Francisco inmediatamente se le ocurrió esta canción:

*¡Silencio!, ¡silencio señores!
¡Dejen a los ciudadanos dormir!
Más los gatos persiguen ratones – miau –
Persiguen ratones – miau – miau,
Y pulgas tienen los asnos – ¡montones!
Ji-jo, ji-jo, ji-jo...*

Pronto los muchachos cantaban con él. El sonido se esparció por las callejuelas, y el sereno se fue cojeando tras ellos hasta que las campanas sonaron la una. Entonces Francisco dio una moneda al sereno, quien contento la guardó en el bolsillo, y los muchachos se fueron a sus casas.

Desde entonces más y más jóvenes comenzaron a reunirse con Francisco, y todos se divertían mucho en las tabernas del pueblo.

Entonces se encontró con su mirada

El padre de Francisco, Bernardone, era dueño de una tienda de telas lujosas. El lugar prácticamente brillaba por las sedas, terciopelos e hilos de oro y plata con los que estaban bordados. Las mujeres ricas del pueblo y de los castillos cercanos gustaban de comprar en la tienda de Bernardone.

El padre de Francisco le dijo: “Puedes ayudar a tu madre con las ventas de la tienda. Debes concentrarte en atender a las jóvenes y nobles doncellas. Ellas pagan buenos precios por todo lo que llama su atención”.

Un día Francisco estaba ayudando a algunos clientes aristócratas, desenrolló la preciosa tela para las damas. Justo entonces un viejo y haraposo mendigo entró a la tienda, alargó la mano temblorosa hacia Francisco, y murmuró: “¡Por el amor de Cristo!”

Enojado por la interrupción, Francisco le señaló la puerta. Luego se encontró con su mirada, ojo a ojo, y vio toda la miseria del hombre mirándole de frente. El mendigo se retiró tímidamente y desapareció.

Francisco recibió las monedas del caballero que acompañaba a las damas y las echó a la caja del dinero. Mientras la cerraba dando vuelta a la llave, inclinó profundamente su cabeza y de nuevo miró en su mente a los afligidos ojos del mendigo. Se dirigió a la puerta,



salió rápidamente, y recorrió el pueblo buscando al hombre. ¿A dónde se habría ido?

Finalmente encontró al viejo mendigo en el puesto del vendedor de agua, quien estaba vertiendo algo de agua en el cuenco de sus manos. Francisco miró cómo el viejo bebía sediento. Pensó: “El pobre vendedor de agua le dio de beber, pero yo le saqué enojado de la tienda, aunque me había suplicado en el nombre de Cristo”.

Francisco se acercó al mendigo, sacudió todo el contenido de su saco de monedas en la mano del hombre, incluso dejando caer algunas de las monedas de plata al suelo. Antes de que el viejo mendigo pudiese comenzar a darle las gracias, Francisco se había ido. Con este regalo, el hombre pudo asegurar su alimento por un largo tiempo.

En prisión

El pueblo de Asís y el pueblo de Perugia se habían vuelto enemigos. Francisco y sus amigos se armaron para tomar parte en un ataque sorpresa sobre Perugia. Pero los perugianos estaban alertas y muchos de los jóvenes guerreros de Asís fueron tomados prisioneros y llevados a la prisión del pueblo. La escasa comida y el terrible aburrimiento dejaron a los jóvenes en la desesperación.

Sólo uno de ellos no permitió que la prisión le desalentara: Francisco. Les hablaba a sus camaradas diciendo: “Un día seremos libres de nuevo. Somos jóvenes. Tenemos la vida por delante. Nos armaremos de nuevo y tal vez seremos famosos por nuestros actos heroicos. ¿A quién no le gustaría ser caballero?” Entonces les cantaba una canción de amor, esperanza, y felicidad, les contaba historias de aventura y chistes que inventaba. Su aprisionamiento duró casi un año entero. Hubo horas – incluso días – en que Francisco mismo se desesperaba pensando: “¿Qué será de mi vida?”

Cuando finalmente se hubo declarado la paz entre Asís y Perugia, Francisco y sus compañeros prisioneros fueron liberados. Entonces Francisco tuvo la certeza: “¡Quiero salir al mundo! Quiero ser un guerrero y un caballero, y ganar fama y honor”.

El ataque

El padre de Francisco, Bernardone, estuvo de acuerdo con el deseo de su hijo de convertirse en un noble caballero. Francisco pudo comprar un caballo pura sangre y brillante armamento. Sus ropas y armadura eran iguales a las de cualquier caballero noble. Así que dejó su casa para tomar parte en un ataque en el sur de Italia.

En el camino algo extraño sucedió: Una noche, Francisco tuvo un sueño profético. En él, alguien le llamaba por su nombre y le guiaba hacia un palacio grande y espléndido. Había muchas armas almacenadas en un arsenal, había escudos y armas de acero espléndidos, de todo tipo, colgados en las paredes, como promesa de gloria y fama. Francisco preguntó con entusiasmo: “¿Quién es el dueño de este palacio?”

Una voz le respondió: “¡Te pertenecerá a ti!”

Cuando Francisco despertó de su sueño, pensó: “Debo estar en el camino correcto, rumbo a la gloria mundial, el glamour y las riquezas”.

Un poco después, Francisco tuvo el mismo sueño de nuevo. Cuando estaba de pie en el arsenal, la voz le dijo: “Francisco, trata de interpretar el sueño de forma diferente. No debes adquirir herramientas terrenales, sino espirituales. Debes pelear por el bien en el mundo, debes pelear contra el mal. Regresa a casa y se te comunicará qué hacer”.

Cuando Francisco despertó de este sueño, y miró de reojo su espada, su escudo y su lanza, éstos le parecieron ajenos. El mismo día regaló todo su armamento a un pobre hombre noble y comenzó el viaje de regreso a Asís, perdido en sus pensamientos acerca de todo lo que había experimentado.

La transformación

Después de su regreso a casa en Asís, Francisco se enfermó, durante días sufrió una terrible fiebre que le llevó a estar al borde de la muerte. Su madre le cuidó día y noche y solía rezar al lado de su cama. En su delirio febril, el paciente gritaba y hablaba como si estuviese combatiendo demonios. Pero después de muchos días, le invadió la paz y, afortunadamente, le fue posible dormir.

Francisco se recuperó, y cuando pudo, de nuevo, convivir con su familia y amigos, estaba completamente cambiado. Sus viejos amigos no comprendían por qué no quería salir y celebrar con ellos. Su padre estaba molesto pues Francisco comenzó a regalar sus ropas a los pobres, y dejó de ser el hijo que antes admiraba. Su padre también pensaba que los ladrones habían robado el armamento de Francisco, y eso le enojó muchísimo.

Pero en la mente de Francisco, se fraguaba la idea de realizar una peregrinación a Roma. Tenía la esperanza de obtener guía para su vida en la tumba del apóstol Pedro.

Cuando Francisco llegó a Roma había muchos mendigos reunidos frente a la basílica de San Pedro, esperando alguna limosna. Francisco se acercó a uno de ellos, y poniendo en su mano una moneda de plata, le dijo: “Por favor, cambia tus ropas por las mías”. El mendigo miró al caballero elegantemente vestido y pensó: “¿Se estará burlando de mí?” Pero miró bien y pudo darse cuenta de que sus intenciones eran genuinas. Francisco le quitó su desgarrada capa, y la intercambió por la suya.

Ahora Francisco era un mendigo como todos los demás. Fue a la tumba de San Pedro y dejó ahí el resto de sus monedas a manera de sacrificio, se quedó ahí por largo tiempo en oración. Cuando se levantó, regresó al lugar de los mendigos, y ellos le compartieron pan.

Alegre y contento, Francisco viajó de vuelta a Asís. No tuvo miedo de mendigar a los granjeros del camino por un poco de comida. Cuando regresó a casa, su padre Bernardone le rechazó. Pensó de nuevo que alguien le había robado. Pero Francisco confesó a su madre: “Verás querida madre, quiero ser pobre tal como lo fueron los discípulos de Cristo, quiero ser como ellos”. Pica, la madre de Francisco, pudo comprenderlo con el corazón. Cuando su padre discutía con él, su madre trataba de tranquilizarle.

El encuentro

Durante aquellos días, Francisco solía caminar o cabalgar sin rumbo fijo en los alrededores de Asís. Su padre había tomado su manto de mendigo, lo había desgarrado y lo había desechado. También había dado a Francisco un manto decente para portar. Un día, mientras cabalgaba por esos lugares, se encontró con un vagabundo. Debido a que aquel hombre tenía una enfermedad contagiosa, no se le permitía la entrada al pueblo. Vivía en las afueras, desdeñado y rechazado, tan solo esperando la muerte.

Al acercársele Francisco cabalgando, le invadió un sentimiento de profunda simpatía por aquel hombre y su terrible situación. Desmontó de su caballo y caminó hacia el hombre, cuya piel estaba carcomida por la enfermedad. Francisco le abrazó sobre su pecho y dijo: “¡Querido y pobre Hermano!” Entonces, tomó la mano del hombre y la besó. El vagabundo no sabía qué sucedía. El extraño joven le dio una moneda de oro antes de alejarse cabalgando.

Al día siguiente, Francisco llevó consigo algo de dinero, compró fruta y pan, un poco de ungüento para las heridas y algunas tiras de lino. Cabalgó hacia las afueras del pueblo, hacia donde se reunían los vagabundos para poder ayudarles y servirles. Les lavó las heridas, les cubrió con ungüento y les vendó. Tal era el amor sanador que fluía de sus manos, que muchos de los enfermos mejoraron poco a poco.



Un día, cabalgando de vuelta a casa, Francisco pasó cerca de una pequeña, vieja y descuidada iglesia llamada San Damiano. Se detuvo repentinamente como si una voz le dijese: “¡Entra!”

No había ni una sola vela; ninguna lámpara de aceite alumbraba el lugar. En la oscuridad Francisco podía atisbar una cruz, se arrodilló ante ella y rezó a Aquél que había sido crucificado. Una suave y agradable voz le habló a su alma: “Francisco, ¿no ves cómo se ha arruinado mi casa? ¡Anda y restáurala!”

Francisco respondió: “¡Lo haré gustoso, mi Señor!” Una vez más, Francisco sintió la cálida luz de Cristo iluminando su alma. Después de un rato, Francisco salió de la capilla y miró al Padre Pietro sentado en una banca de piedra. Francisco se le acercó diciendo: “Mi querido Don Pietro, de hoy en adelante una lámpara de aceite estará encendida frente a la pintura de La Cruz que hay en la capilla. Tome mi bolso de monedas para comprar aceite nuevo,

cuando se haya terminado ese dinero, le daré más, tanto como sea necesario”.

Francisco se fue de ahí con lágrimas rodando por sus mejillas. Una y otra vez, los pensamientos de Aquél que sufrió en La Cruz llegaron a su mente. Y Francisco supo que debía comenzar con la restauración de la pequeña iglesia de San Damiano.

Deja la casa de su padre

Francisco necesitaba piedras de cantera, madera y mortero para reparar las paredes de San Damiano. Para conseguir dinero para este propósito, tomó uno de los muchos rollos de tela de la tienda de su padre y lo vendió en el pueblo vecino de Foligno. Pero las ganancias parecieron demasiado poco, así que vendió también su caballo. Regresó a pie a San Damiano con una buena cantidad de dinero. Quería dar todas sus ganancias al Padre Pietro para la pequeña iglesia, pero el sacerdote le dijo: “Francisco, ¿qué dirá tu padre? después de todo, es su dinero. No puedo aceptarlo”.

Francisco puso el saco de monedas en un nicho de la ventana y comenzó a limpiar el suelo y las paredes para preparar la renovación. No regresó a casa, sino que se recostó en un rincón de la iglesia y durmió ahí.

Francisco temía que su padre tratase de hacerle volver a casa por la fuerza. Así que al día siguiente, encontró una remota cueva en los montes cercanos a Asís, le servía como un lugar de descanso provisional. Ahí, sin que nada le molestara, podía orar largo tiempo todos los días. Un discreto sirviente de su madre, que era leal a Francisco, le llevaba comida de vez en cuando. A pesar de que la cueva estaba muy oscura, cuando estaba ahí, Francisco se sentía siempre inundado de una maravillosa luz que le reconfortaba y brindaba calor a su alma.

No pasó mucho tiempo antes de que su padre encontrase su escondite, sus sirvientes le ayudaron a llevar a su hijo a rastras

de vuelta a casa. Encerró a Francisco en un lúgubre sótano por unos días. Después de que sus súplicas no hicieron que Francisco cambiara sus intenciones, Bernardone le golpeó fuertemente y le encadenó. Pero éste no cedía, se había convertido en la burla del pueblo. Francisco resistió en silencio, pacientemente, pero no cambió de parecer.

Después de un tiempo, su padre tuvo que salir de viaje por negocios. La madre de Francisco ordenó la liberación de su hijo, y tuvo una larga charla con él. Francisco le abrió su corazón, y ella comprendió que él necesitaba ser libre para seguir su camino. Le permitió regresar solo a su tranquila cueva de ermitaño.

Cuando su padre regresó, su enojo se encendió también en contra de Pica, y entonces levantó una queja contra su esposa ante el obispo de Asís. El obispo envió a un mensajero a hablar con Francisco, invitándole a entrevistarse con él. Conocía al joven y le dijo: “Qué hermoso es que quieras servir a Dios. Pero el dinero que obtuviste de vender las ropas y el caballo le pertenece a tu padre. Trae aquí el dinero, eso ayudará a que aminore su enojo padre”.

Francisco respondió: “Señor, no sólo devolveré el dinero que le pertenece a mi padre con el corazón alegre, sino mis ropas también”.

El obispo los reunió sin que el padre lo supiera. Citó a Bernardone, quien llegó con varios consejeros del pueblo, y el obispo le recibió. De pronto, Francisco salió de una habitación en donde había estado esperando el momento. En una mano llevaba el saco de monedas y en la otra todas sus ropas. Dijo: “Escuchen todos los aquí reunidos, y entiéndanme bien; hasta ahora he llamado padre a Pietro Bernardone. Hoy le devuelvo lo que le pertenece. Como he decidido servir al más alto Señor, de hoy en adelante diré: ‘¡Padre Nuestro, estás en el Cielo!’”

Con esas palabras, Francisco colocó las ropas y el dinero en el suelo. Bernardone palideció y permaneció en silencio. Pero el obispo se conmovió con el valor y fuerza de voluntad del joven. Le cubrió con su propio manto y le envió a seguir su camino con un hábito de peregrino. Desde ese momento, Francisco contó con un buen amigo; el obispo.

El mendigo de San Damiano

Cerca del anochecer, después de haber dejado el palacio del obispo, Francisco llegó a la pequeña iglesia de San Damiano. Una lámpara de aceite iluminaba la pintura de la Crucifixión, mientras que todo el rededor estaba oscuro, Francisco sintió una profunda alegría. Ahora estaba libre de toda obligación y podía vivir en la pobreza como lo habían hecho los discípulos de Cristo. Toda la noche la pasó alternando entre orar, soñar y dormir, solo, en la pequeña capilla.

Temprano por la mañana, mientras trinaban los pájaros recibiendo al sol, Francisco comenzó las reparaciones de los muros mientras entonaba cantos de alabanza y gratitud.

En Asís mendigó por las piedras de cantera que encontraba tiradas por aquí y por allá. Al inicio las personas se burlaban del tonto joven, peor aún cuando vieron cuán fuerte era su voluntad por lograr su meta. Y cómo la pequeña iglesia se veía cada vez mejor, muchos de ellos comenzaron a admirar su determinación. Sí, incluso algunos de los muchachos con quienes antes había trasnochado, le ayudaban a cargar las piedras y preparar el mortero. Enseñó a sus amigos que era posible realizar incluso los trabajos más pesados con júbilo. A aquellos que permanecieron a su lado les llamó "Hermanos".

Para alimentarse, a Francisco no le apenaba ir por el pueblo mendigando las sobras de las casas con un tazón. Se colgó una pequeña taza al cinto para reunir las donaciones de aceite para



la lámpara de la iglesia. Cuando encontraba jóvenes sin nada que hacer, les decía: “¡Vengan a ayudarme con la renovación de la Iglesia de San Damiano!” Y así, el trabajo de reconstrucción progresó muy bien, para gran satisfacción del sacerdote de la iglesia; el Padre Pietro.

Un día, durante la misa, Francisco escuchó al padre leer este pasaje del Evangelio según Mateo: “Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. No llevéis oro, ni plata, ni cobre en

vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni dos ropas de vestir, ni calzado ni bordón, porque el obrero es digno de su alimento”.

Francisco se llenó de júbilo: *Así es como viviremos mis Hermanos y yo*. Y así, adoptó una vida de pobreza y le llamó “Hermana”.

Los hermanos de Portiuncula

Cuando Francisco se encontraba con las personas, siempre les saludaba diciendo: “Que el señor te de paz”. Cuando agradecía las donaciones que recibía, solía agregar un pequeño verso de los evangelios. De estos saludos y palabras de agradecimiento, poco a poco desarrolló algunos cortos sermones, y sus palabras llegaban a los corazones antes que a las mentes de las personas.

Las renovaciones de San Damiano habían concluido, pero Francisco supo de un nuevo proyecto; una capilla cercana al pueblo de Portiuncula. Estaba ahí, abandonada y vacía, en un campo abierto. Con otros tres Hermanos, comenzó a trabajar. Junto a la capilla, cada hombre construyó para sí mismo una pequeña cabaña de paja y ramas. Un quinto hombre, Silvestre, se unió al grupo, en realidad era un sacerdote. Antes de acercarse a Francisco, tuvo un poderoso sueño. En el sueño miraba a un dragón salvaje que había enroscado su cuerpo de serpiente alrededor de todo el pueblo de Asís. Crecían las llamas y el humo, y parecía como si el área entera fuese a arder. Entonces, el Hermano Francisco montaba sobre el dragón. Una cruz dorada brillaba desde su boca. Crecía y crecía. La punta de la cruz tocaba el cielo y el rayo se expandía por toda la tierra. El dragón tuvo que retroceder ante la brillante luz que surgía desde la cruz.

Por tres noches seguidas Silvestre tuvo el mismo sueño. Entonces tuvo la certeza: “Me haré Hermano de Francisco, pues el está unido a la Cruz de Cristo”. Francisco estuvo encantado de recibirle en Portiuncula.

El hermano buey

Francisco tenía la costumbre de cargar una escobilla de pasto en su cinturón para limpiar las iglesias antes de dar el sermón. En una ocasión llegó a una pequeña iglesia que se alzaba al centro de un campo cultivado. Francisco entró y comenzó a barrer con su escobilla.

En el campo junto a la iglesia, un joven granjero de nombre Giovanni estaba arando la tierra. Reconociendo a Francisco, dejó a los dos bueyes y entró a la iglesia. “Hermano”, le dijo a Francisco, “¡Dame la escoba! Quiero ayudarte”. Tomó la escoba e hizo un buen trabajo con ella.

Los dos se sentaron en una banca de la iglesia a descansar, y Giovanni dijo: “Querido Hermano, por largo tiempo he querido servir a Dios, sobre todo porque he escuchado tan buenas cosas acerca de ti y de tus Hermanos, pero no sabía cómo encontrarte. Quiero ser tu Hermano y hacer lo que tú creas mejor”.

Francisco puso su mano sobre el hombro de Giovanni y respondió: “Si quieres compartir tu vida con nosotros los Hermanos, debes reunir todas tus posesiones y dárselas a los pobres”.

Inmediatamente, Giovanni se levantó, fue al campo y volvió con un buey. Dijo: “Este buey es mi herencia, puedes dárselo a los pobres, y yo vendré contigo como tu Hermano”.

Francisco hubo de sonreír ante las buenas intenciones de Giovanni. Pero cuando los padres de Giovanni, que también

estaban en el campo, se acercaron con sus otros hijos, la situación dio un vuelco. Habían observado la extraña transacción. Gimiendo suplicaron que el valioso animal les fuese devuelto.

Francisco dijo: “Devolveré el buey a cambio del Hermano”. Así fue como Francisco tuvo su “Hermano Buey”. Se decía que Giovanni copiaba cada movimiento y cada gesto de Francisco. Ya sea que Francisco se arrodillara, llorara o cantara, Giovanni hacía exactamente lo mismo, pues tanto amaba a su Hermano-maestro.

Ángelo y los ladrones

Una vez, Francisco estaba predicando desde la totalidad de su corazón en la plaza de un pequeño pueblo. Un joven caballero muy bien vestido se le acercó y le dijo: “Francisco, me gustaría cambiar mi vida. ¿Puedo viajar contigo y convertirme en tu Hermano?”

Francisco respondió: “Eres de una familia aristócrata, y eres aún muy joven. Piénsalo bien, la pobreza viaja a nuestro lado. ¿Podrías soportarlo?”

“¡Sí! ¡Eso es lo que quiero! ¡Llévame contigo!” Francisco miró sus ojos suplicantes, estaba muy alegre por el joven y le dio su bendición. Debido a que poseía un gesto aristocrático y era muy apuesto, le llamaron Ángelo – ángel y le permitieron construirse una choza en Portiuncula.

En aquel tiempo tres ladrones plagaban Asís y sus alrededores, haciendo muchas maldades. Un día, los tres se presentaron en donde vivían los Hermanos. Ángelo estaba solo ahí. Los malhechores gruñeron: “¡Danos algo de comer!”

Ángelo los reconoció y les dijo: “¡Buenos para nada! Han perjudicado a muchos residentes, y ahora vienen ante los sirvientes de Dios a robar nuestras dádivas? No merecen caminar por esta tierra. ¡Váyanse de aquí, y no quiero verles más nunca!”

Aunque estaban muy indignados, los ladrones no enfrentaron al joven, quien parecía un ángel vengador. Así que huyeron, diciendo maldiciones.



Un poco después, Francisco regresó a la ermita. Llevó consigo las limosnas que había recibido, un saco lleno de pan y una botella de vino. Ángelo, con la frente en alto, le contó emocionado acerca de cómo había asustado a los malvados ladrones. Francisco le miró por un momento, silencioso y muy serio, y luego dijo: “Ángelo, ¿tú piensas que tus duras palabras han ayudado a esas almas perdidas en algo? Los pecadores pueden entrar en razón a través de la gentileza. Cristo dijo: ‘No he venido para los virtuosos, sino para los pecadores.’ Así que te ordeno ahora: Toma este saco de pan y vino, apresúrate a buscar a los tres hasta encontrarlos. Ofréceles pan y vino en mi nombre. Humildemente, pide su perdón. ¡Y diles que me dará mucho gusto verlos!”

Ángelo se apresuró. Encontró a los ladrones descansando bajo un árbol e hizo exactamente lo que Francisco le había dicho. Mientras estaban comiendo el pan y pasando de mano en mano la botella de vino, conversaban entre sí. Los ladrones sintieron como si de pronto estuviesen viendo sus terribles actos ante sí. Se culpaban los unos a los otros por sus fechorías, hasta que decidieron ir juntos a buscar al Hermano Francisco y pedirle consejo.

Cuando Francisco vio a los tres ladrones acercándose con Ángelo, se acercó a recibirlos. Estrechó sus manos y les dijo: “¡La paz esté con ustedes!” Con voz apagada, el primero de los ladrones dijo: “Francisco, somos hombres malos. ¿Escucharías nuestras confesiones?”

Francisco respondió: “Si, las escucharé, si también me permiten contarles mis propios pecados”. Y entró con ellos a la capilla.

Después de algunas horas, cuando estaba oscureciendo, Francisco dejó ahí a los tres. Fue a la choza de Ángelo y le dijo: “Por favor pon una lámpara de aceite y algo de pan y vino sobre el altar para ellos. Hoy dormirán en la capilla”.

Poco después, Ángelo entró silenciosamente a la oscura capilla con la lámpara. Encontró a los tres hombres durmiendo sobre el suelo alrededor del altar. Cuidadosamente puso la lámpara, el pan y el vino sobre el altar. Hizo la señal de la cruz sobre cada uno de los que ahí dormían y murmuró una bendición antes de salir sigilosamente y cerrar la puerta detrás de sí.

La mañana siguiente, los tres se dirigieron a la pequeña choza de Francisco. Con las cabezas inclinadas ante Francisco, permanecieron ahí, silenciosos al inicio. Uno de ellos reunió el valor para hablar, diciendo: “Francisco, ¿podemos quedarnos contigo? ¿Nos enseñarás cómo ser Hermanos, y estar felices y satisfechos como tú? Dinos qué debemos hacer”.

Francisco abrazó a cada uno de ellos, les dio un beso de hermanos, y dijo: “Cada uno debe construir una pequeña choza para sí mismo. Hay mucho y muy maravilloso trabajo esperándoles. Cada día les enseñaré como convertirse en buenos Hermanos”. Así, los tres se quedaron con Francisco, y hasta aprendieron a cantar.

Clara y sus hermanas

En un castillo de Asís vivía una familia de gran nobleza y riqueza. Tenían dos hijas; la mayor, Clara, era especialmente hermosa. Cuando cabalgaba por el pueblo las personas se detenían a admirar su rostro. Un día el sobrino de Clara, Rufino, fue a visitar el castillo. Un poco antes Francisco le había aceptado como uno de sus Hermanos. Lleno de devoción, Rufino contó a Clara sobre lo piadoso de Francisco, su poder para sanar y sus hermosos sermones. Clara escuchó, y sucedió que pudo escuchar uno de los sermones. Sus vehementes palabras se hundieron en lo profundo de su alma. Desde ese momento pensó en convertirse a una vida de pobreza y servicio.

El Hermano Rufino organizó una reunión entre Clara y Francisco para que pudiesen platicar. Cuando Clara se presentó junto con su sirvienta, Francisco vislumbró la posibilidad de formar una comunidad de Hermanas. El corazón de Clara dio un vuelco ante la idea. Quería dejar el castillo en la semana de Pascua que se acercaba. Francisco le recomendó primero ingresar a un convento que se encontraba cerca de Asís.

Llegó el Domingo de Ramos, Clara fue por última vez a la misa en la catedral como una dama de la nobleza y recibió del obispo una rama de palma. A la noche siguiente dejó el castillo de sus padres acompañada de dos amigas. Como la luna llena pascual iluminaba la noche, les fue fácil dar con Portiuncula, donde los Hermanos les esperaban. Portando antorchas para alumbrar su camino por el bosque, Francisco y Rufino se encontraron con ellas. Pronto todos

los Hermanos estaban reunidos en la pequeña iglesia alumbrada por velas. Ahí, ante el altar, Clara se despidió del mundo exterior. Se desprendió de todas sus joyas y las dio a los pobres, un Hermano le cortó el cabello muy corto. Francisco le habló respecto a los deberes de una Hermandad. Podían, sobre todo, brindar servicio a los enfermos y ancianos, y, de ese modo, compartir el amor de Cristo con los demás. Al amanecer Francisco y Rufino les acompañaron al pequeño convento del Monte Subiaso. Más tarde, se construiría un convento en San Damiano.

En la tarde de Pascua, Francisco caminaba junto al Hermano Leo, y se preguntaba: “¿Se habituaría la Hermana Clara a la pobreza?” Los dos Hermanos se encontraron con un manantial. Francisco miró largamente el agua, sin moverse. Cuando finalmente levantó la mirada, le preguntó al Hermano Leo: “¿Qué crees que vi en el agua?” Leo respondió: “La Luna”.

“No, vi el rostro de nuestra Hermana Clara. Brillaba de alegría y dicha. Cristo le ha bendecido. Ahora estoy seguro de que ha encontrado su camino”. Así, con la ayuda de Francisco y sus Hermanos, Clara fundó un convento en la pequeña iglesia de San Damiano”.

El feroz lobo

Cerca de la ciudad amurallada de Gubbio, había un lobo al acecho, y estaba generando mucho miedo en la región. No sólo devoraba ovejas y cabras de los rebaños, sino que también atacaba a las personas. Incluso, había dejado a algunos animales yaciendo entre su sangre y despedazados a mordidas, sin comerlos. Cada vez que los ciudadanos salían de la ciudad amurallada, preferían portar armas. El temor de este lobo era enorme, y hasta el momento no habían logrado atraparlo.

Un día Francisco estaba realizando una caminata y llegó a Gubbio. Escuchó la terrible historia y decidió ir a enfrentar al lobo. A pesar de las advertencias de la gente del pueblo, partió sin siquiera llevar un palo en mano. No estaba lejos de las puertas de la ciudad cuando el lobo corrió hacia él y sus compañeros abriendo las fauces. Francisco hizo la poderosa señal de la Cruz, y mientras se acercaba el animal, su paso amainaba. El lobo cerró sus fauces, caminó con la cabeza gacha, y se echó a los pies de Francisco.

Francisco comenzó a hablarle. Más tarde, los Hermanos contaron que Francisco se había dirigido a él llamándole “Hermano Lobo”, y le había reprendido por sus terribles actos sangrientos. También le reprochó por su falta de respeto ante los ciudadanos de Gubbio.

Mientras Francisco le reprendía, el lobo hundía más su cabeza, y tenía la cola entre las patas. Mientras escuchaba a Francisco, su enmarañado pelaje se alisaba de nuevo.

Francisco dijo: “Haré las paces entre tú y la gente del pueblo. No te perseguirán más, y sus perros te dejarán en paz. Ellos pondrán comida para ti afuera de sus casas, para que no ataques a sus rebaños. ¿Esto te parece bien?”

El lobo temblaba al levantarse pues la fuerte alma de Francisco había tomado control de él. Se colocó muy cerca de Francisco y le ofreció la pata. Muchos ciudadanos de Gubbio estaban observando el encuentro desde lo alto de la muralla de la ciudad. ¡Un milagro sucedía ante sus ojos! Las noticias viajaron rápidamente por todo el pueblo, y todos se reunieron ante las puertas de la ciudad.

Francisco guió al lobo a través de las puertas, y todos se reunieron a su alrededor. Algunos retrocedieron con miedo, pero Francisco comenzó a hablar: “¡Escuchen, queridos ciudadanos de Gubbio! El lobo ha prometido hacer las paces con ustedes, y dejar de atacar a sus ovejas y cabras. A cambio, deben prometer dejar comida para él a las puertas de sus casas. Pueden acordar entre ustedes cómo organizar esto. De ahora en adelante, nadie de entre ustedes puede dañar al lobo. Y él no les hará daño. Yo responderé por él. Queridos ciudadanos, ¿están de acuerdo?”

Con un fuerte grito de aprobación, los ciudadanos ahí reunidos acordaron alimentar al lobo. Y así sucedió, e incluso los perros de la ciudad cesaron de ladrarle al Hermano Lobo. Esta amistosa paz duró dos años. Cuando entraba a la ciudad durante el día, los niños le gritaban “¡Caro Lupo! ¡Querido Lobo!” Y jugaban con él. Francisco había cambiado el alma del lobo.

La ciudad entera lloró la muerte del lobo. El Hermano Lobo había servido para que Francisco fuese siempre recordado – así como el milagroso poder de su gran amor.

El grillo en la higuera

Junto a la choza de Francisco en Portiuncula crecía una higuera. Una mañana de verano Francisco despertó con el cantar de un grillo. ¡Qué júbilo! Salió para tratar de encontrar al músico grillo. Francisco descubrió al grillo sobre la hoja de una higuera. A Francisco le gustaba hablar a los animales, así que alargó su mano y dijo: “Hermana Grillo, ¡ven a mí!” ¿y qué crees? Que el pequeño insecto trepó a su mano y comenzó a cantar de nuevo.

Francisco caminó por el jardín mientras conversaba: “¡Alabemos al Creador por la belleza de las flores! Yo cantaré con ustedes”. Francisco cantó palabras acerca de la belleza de los brillantes girasoles, y sostuvo al grillo muy cerca de las flores. Cantó del rosal y su aroma, cantó de las blancas lilas y del delicado pasto. El Hermano Leo salió de su choza, se quedó muy quieto, y escuchó el fino concierto. Después de un tiempo, miró a Francisco llevar al grillo de vuelta a la higuera y le colocó sobre una hoja. El grillo se quedó en su jardín por una semana entera.

Cada día Francisco iba al árbol. El grillo se trepaba a su mano, y así comenzaba la caminata, canto y música de nuevo. Los demás Hermanos también observaban y escuchaban. Una vez, Leo trató de hacer que el grillito trepara a su mano, pero él se escondió entre las hojas. Finalmente Francisco dijo a su pequeño compañero: “Ahora dejaremos descansar a la Hermana Grillo”. Ella desapareció de su vista y nunca se le vio de nuevo.

El sermón de los pájaros

Francisco estaba de viaje con su grupo de Hermanos, dando sermones a la gente. Cuando se acercaban al pueblo de Bevagno, a ambos lados del camino estaban sentados incontables pájaros, descansando en los árboles. Una parvada de pájaros había aterrizado en un campo cercano. Francisco dijo a sus Hermanos: “Ustedes descansen aquí a la sombra de los árboles. Quisiera dar un sermón a los pájaros”. Los Hermanos se sentaron bajo la sombra de los árboles y pensaron: “Con Francisco, todo es posible”.

Francisco se dirigió al campo, emitiendo extraños sonidos de invitación. Muchos de los pájaros volaron hacia él; otros se sentaron en los árboles y arbustos. El Hermano Leo tenía mucha curiosidad por ver qué pasaba. Sigilosamente y sin ser visto, se abrió camino hacia el campo. Escuchó cómo Francisco hablaba en una voz cantora y cadenciosa: “¡Queridos Hermanos y Hermanas Pájaros! El Creador les ha brindado el cielo y la tierra. Ustedes pueden volar libremente a donde quieran. Les ha dado un abrigo de plumas para protegerles del frío. Aunque no siembran ni cosechan, ustedes tienen siempre alimento, y beben de los arroyos y ríos. Construyen sus nidos en los árboles, bosques y montañas. Él les ha dado voces cantantes que suenan como grandiosas canciones de alabanza. Me han escuchado amablemente, y ahora, ¡alabemos al Creador del Universo!”

Justo cuando Francisco terminó su sermón, se elevó un canto de júbilo, pero también se oyeron graznidos, gorjeos y cacareos. Muchas emplumadas criaturas comenzaron a batir sus alas. El



Hermano Leo se sorprendió al ver a Francisco elevar sus brazos haciendo una gran señal de la Cruz hacia el cielo.

De pronto, las parvadas de pájaros se elevaron todas a la vez. Se fueron volando en las cuatro direcciones de la cruz: hacia el amanecer, el atardecer, el norte y el sur.

Siempre que Francisco llegaba a un lago o río donde hubiesen peces, metía su mano a su bolsillo y tomaba un poco de pan duro, lo hacía migajas en su mano, y lo ofrecía a los peces. Cuando asomaban sus cabezas del agua, les dirigía palabras muy amables. Pero nadie pensó en escribir esas palabras, así que no hay registro de ellas.

Hermano Burro

La madre de Francisco le había dicho una vez: “El día antes de que nacieras, tu padre estaba de viaje. Un viejo hombre, muy digno y desconocido para mí, se me acercó. Parecía estar en una peregrinación. Su tono era grave y serio. Me juró que tú nacerías en un establo. Al acercarse el momento de tu nacimiento, yo fui con la nana al establo. El buey y el burro estaban ahí de pie, y había paja en el pesebre. Cuando naciste, la nana te puso en el pesebre del burro por un rato. Es tal vez por eso que siempre has tenido un gran amor por el burro, y siempre le llamas Hermano Burro”.

Durante sus viajes, siempre que Francisco se encontraba con un granjero que había sobrecargado a su burro, y además se sentaba sobre el animalito, Francisco le detenía y decía “¿No te da pena tener tantos sacos sobre tu Hermano Burro, y además montarte sobre él? Por favor, ¡bájate del pobre animal!” Entonces Francisco rascaba las orejas del burro y acariciaba su nariz. Normalmente el granjero desmontaba y Francisco le agradecía.

Francisco siempre viajaba a pie. Pero más adelante, cuando estuvo muy débil o enfermo para caminar, le dieron un burro. El animal le llevó fielmente de un lugar al otro para que pudiese predicar. Nunca permitió que el látigo tocara a su burro. En cambio, el animal siempre fue guiado por las amables palabras de Francisco.

La Navidad en la gruta

Una Navidad, Francisco y sus Hermanos pasaron ese especial día en una gruta. Sucedió así: Francisco tenía un amigo en Greccio que era muy respetado y tenía gran influencia en el pueblo. Su nombre era Giovanni y él quería celebrar la Navidad con Francisco. Giovanni le había hablado a Francisco de la gruta que se encontraba cerca del pueblo. Era muy parecida a la de Belén, que había servido de abrigo en el nacimiento de Jesús. Francisco le dijo a Giovanni: “¡Eso es maravilloso! Para la Nochebuena, consigue un poco de paja y un pesebre, y un buey y un burro para llevar a la cueva. Yo traeré a mis Hermanos. Queremos mostrar a las personas el tipo de lugar tan pobre en el que nació Jesús, a través de una imagen viva. Nuestro sacerdote, Silvestro, dirá la misa de Navidad en el Nacimiento”.

Esta conversación entre Francisco y Giovanni tuvo lugar dos semanas antes de la Navidad. Los hombres y mujeres de Greccio donaron velas y antorchas para alumbrar la gruta. Cuando todo estuvo acomodado en la gruta, Francisco y sus Hermanos comenzaron la caminata hacia la gruta tal como lo habían hecho los pastores hacia Belén y la gente del pueblo les seguía. En el bosque se oían los ecos de sus cánticos. Todos se arrodillaron en la cueva. La misa comenzó. Con brillante voz, Francisco cantó la historia de Navidad del Evangelio de Lucas. Luego predicó un sermón de Navidad a los ahí reunidos: “Aquí, el pesebre está vacío. Pero pueden traer al Niño a sus corazones y despertarle. *¡In dulci jubilo* – Me regocijo de júbilo!”

Como esta experiencia fue inolvidable para todos los presentes, un segundo Belén se celebró en aquel lugar. Desde entonces, las iglesias han puesto imágenes del nacimiento en el tiempo de Navidad.

En el Monte Alverno

Durante sus viajes, Francisco solía predicar día tras día para poder reconfortar y fortalecer a las personas, pues sentía gran compasión por ellos con sus problemas y penas. Pero después de un tiempo, comenzó a sentir un fuerte deseo por retraerse y encontrar un lugar tranquilo donde poder estar solo.

En la Toscana vivía un conde noble de nombre Orlando. Había escuchado muchas cosas maravillosas de Francisco, pero nunca había tenido la oportunidad de verle o escucharle en persona. En ese tiempo, Francisco estaba viajando por la Toscana. Un día, escaló a lo alto de una muralla en un pequeño pueblo para poder predicar desde ahí. Sucede que el Conde Orlando estaba visitando ese mismo pueblo ese día. Lleno de expectativa, tomó su lugar entre los escuchas y estuvo muy feliz de que su deseo por ver y escuchar a Francisco estuviese siendo satisfecho.

El maravilloso sermón de Francisco le tocó en lo más profundo de su ser. Se acercó a Francisco y dijo “Honorable Hermano, yo poseo una montaña en los campos de la Toscana. El lugar es tranquilo, silencioso y aislado; se llama Alverno. Este lugar sería adecuado para personas como tú, que desean vivir en sagrado retiro. Si tú y tus Hermanos están de acuerdo, me haría muy feliz obsequiarles ese lugar”.

Francisco respondió: “Por largo tiempo he buscado un lugar como ese. Lo pensaré, y de antemano agradezco tu generosidad.

Cuando hayas vuelto a tu castillo, quisiera enviarte a dos Hermanos para que puedan visitar la montaña y hablarme de ella”.

Así, poco tiempo después Francisco envió a dos Hermanos al castillo del conde. Fueron recibidos muy amablemente. Orlando envió algunos sirvientes a acompañarles al Monte Alverno. Cuando llegaron a lo alto, encontraron un espacio abierto y plano – sin casa, ni pueblo a todo lo ancho y largo. Tal como Orlando les había indicado, los sirvientes construyeron algunas chozas con ramas.

Los dos Hermanos volvieron a Portiuncula con buenas nuevas. En el verano, Francisco eligió a tres Hermanos para acompañarle a conocer a Alverno. Sus nombres eran Leo, Maseo y Ángelo. El resto de los Hermanos bendijeron a Francisco. El viaje a pie duró muchos días.

Un día, no podían encontrar un lugar en dónde pasar la noche, no había ni casas ni hostales. Amenazaba con desatarse una tormenta. Finalmente, encontraron una capilla de peregrinos solitaria y abandonada. Ahí, encontraron abrigo y descanso. Los acompañantes pronto se quedaron dormidos, pero Francisco se levantó a orar. De las grietas y nichos surgieron sombras de demonios que asaltaron a Francisco. Tiraban de él, molestándole y tratando de que parara de rezar. Pero Francisco se mantuvo firme y no permitió que le distrajeran, así que los demonios se fueron.

En la mañana, los tres Hermanos notaron que Francisco parecía débil, y que la enfermedad de sus ojos empeoraba. Ello ya le había causado mucho dolor en el pasado. Era difícil para Francisco seguir andando. Los Hermanos caminaban mientras buscaban algo que pudiera ofrecer alivio a Francisco. Vieron una pequeña granja, y dijeron al granjero: “Tenemos a un Hermano que apenas puede andar. ¿Nos prestarías un burro?” Al ver el hombre sus túnicas

café, les preguntó: “¿Son los Hermanos de Francisco de Asís, de quien tantas cosas buenas he escuchado?”

Ellos respondieron: “Sí, él está con nosotros. Es para él para quien necesitamos pedirte el burro”. El granjero insistió en llevar el burro a Francisco él mismo. Cuidadosamente le ayudó a montarlo.

Cuando estaban a medio ascenso del Alverno, Francisco se detuvo a descansar a la sombra de un roble. Algunos pájaros volaron hasta ahí, y posándose sobre el árbol, comenzaron a cantar. Francisco le dijo a Ángel: “¿Escuchas? La montaña nos ha enviado a estas aves para darnos la bienvenida”.

Cuando llegaron a la planicie en lo alto, encontraron las chozas construidas por los sirvientes del conde completamente intactas. Éstas ofrecían un buen abrigo ante el viento y el clima. Los Hermanos llevaron una vida tranquila de reclusión.

Antes de la fiesta de San Miguel, que se celebra el 29 de septiembre, Francisco deseaba pasar cuarenta días en absoluta soledad. Los tres Hermanos construyeron para Francisco una pequeña ermita en los acantilados. Una vez al día, el Hermano Leo tenía permiso de llevar a Francisco algo de pan y agua. Decía un saludo y el ermitaño respondía. En soledad, Francisco pudo guiar conscientemente su alma a los mundos espirituales, y los ángeles le visitaban.

Un día sucedió un silencioso milagro: Temprano en la mañana, cuando el Hermano Leo trajo pan y agua y dijo su saludo, no hubo respuesta. Estaba preocupado. Titubeante, entró a la ermita. Ahí vio al Hermano Francisco con sus brazos elevados en plegaria. Al mirar más de cerca, una maravillosa luz, como una llama brillante, apareció de pronto. Bajó del cielo rodeando al hombre en oración. El Hermano Leo se retiró para no interrumpir este suceso divino.

Desde entonces, cuando Francisco se reunió con ellos de nuevo, los Hermanos observaron que las heridas de Cristo, el crucificado, estaban en las manos y pies de Francisco. Su costado derecho parecía haber sido herido por una espada. Frecuentemente fluía sangre de esa herida. Francisco escondía de los demás estas marcas de su encuentro con Cristo. Pero los Hermanos lo sabían, y les preocupaba que la vida de Francisco estuviese llegando poco a poco a su fin.

Mientras se alejaban del Monte Alverno a finales del otoño, Francisco dijo: “¡Esta es la montaña del ángel!”

El cántico del sol

Durante el verano anterior al último verano de Francisco en la tierra, sus ojos estaban casi ciegos a causa de una severa infección. Estaba por emprender un viaje de varios días, sentado sobre su burro, para ver a un médico. Pero después de algunos días, cuando se acercaban al convento de la Hermana Clara, a Francisco le venció la debilidad. Le llevaron hasta los jardines del convento en San Damiano, donde se le preparó una cama. Las noches de verano eran cálidas.

Al día siguiente, Francisco aún no había mejorado, así que algunas manos comedidas le construyeron una choza de follaje y ramas. Los Hermanos Leo y Ángelo le cuidaban. La Hermana Clara le visitaba diariamente, mientras él estaba en cama. Francisco no podía ver ya las rosas que estaban floreciendo en el jardín, pero su perfume sí podía percibirlo. No podía observar a los pájaros en los árboles, pero sus cantos alegraban su alma. Cuando la Hermana Clara se sentaba a su lado, entonaba canciones y le leía los evangelios.

Poco tiempo después de que Francisco fuese puesto en la choza, los ratones de campo se percataron de que ahí había migajas de pan. Cada vez que Francisco escuchaba sus pisadas tiraba al suelo algunas migajas para la “Hermana Ratón”. De este modo, el número de ratones creció constantemente y su actividad se hizo cada vez mayor. Por la noche, especialmente, se convirtieron en una verdadera plaga. Corrían con desenfreno y saltaban por la choza, y daban volteretas sobre la cama del enfermo. Los ratones

le mantenían despierto, evitando que pudiese escapar de su dolor durmiendo, y sufría por sus ojos infectados.

Una noche, mientras le atormentaba el dolor, recordó la aparición de Cristo en el Monte Alverno, donde había recibido las heridas de su crucifixión. Un suave brillo pareció entretenerse en su cuerpo. El dolor desapareció. Se impregnó con la fuerza del sol. En espíritu, veía a la tierra iluminada. El sol, la luna y las estrellas, las nubes y los manantiales, los animales y las plantas de la tierra, y las aves de los cielos, todos eran sus hermanos y hermanas. Se llenó de un júbilo indescriptible: “¡Yo soy, como todos ustedes, hijo de Dios!”

Melodías maravillosas comenzaron a resonar en su interior. En su alma, las palabras cantaban. En el medio de la noche, Francisco comenzó a cantar el “Cántico al Hermano Sol”.

El canto hacía que su dolor disminuyera como si de medicina se tratase. Cuando el Hermano Leo llegó a la choza a la mañana siguiente muy temprano, escuchó un canto jubiloso ahí dentro. Entró y le impresionó escuchar los versos del “Cántico al Hermano Sol” que Francisco había compuesto durante la noche. Ángelo también se acercó, y juntos practicaron la canción. Día tras día, los tres cantaban jubilosos la canción del sol alabando al Señor.



Il Cantico di Frate Sole

*Altissimu, onnipotente, bon Signore,
Tue so le laude, la gloria, e l'honore et onne benedictione.
Ad Te solo, altissimo, se konfano,
Et nullu homo ène dignu Te mentouare.*

*Laudato sie, mi Signore, cum tucte le Tue creature,
Spetialmente messor lo frate Sole,
Lo qual è iorno; et allumini noi per lui.
Et ellu è bellu e radiante cum grande splendore:
De Te, Altissimo, porta significatione.*

*Laudato si, mi Signore, per sora Luna e le stelle:
In celu l'ài formate clarite, et pretiose et belle.*

*Laudato si, mi Signore, per frate Uento et per Aere,
Et nubilo et sereno et onne tempo,
Per lo quale, a le Tue creature dàì sustentamento.*

*Laudato si, mi Signore, per sor' Aqua,
La quale è multo utile, et humile, et pretiosa et casta.*

*Laudato si, mi Signore, per frate Focu,
Per lo quale ennallumini la nocte:
Ed ello è bello e iucundo, e robustoso et forte.*

*Laudato si, mi Signore, per sora nostra Matre Terra,
La quale ne sustenta e gouerna,
Et produce diuersi fructi con coloriti fior et herba.*

Cántico al Hermano Sol

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo corresponden
y ningún hombre es digno de mencionarte.

Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano Sol,
el cual es día; y a través de él nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor:
de ti, Altísimo, lleva tu semejanza.

Alabado seas, mi Señor, por hermana Luna y las Estrellas:
en el cielo las has formado claras, preciosas y bellas.

Alabado seas, mi Señor por hermano Viento,
y por Aire y por Nubes y Tormentas y todo tiempo,
por el cual, a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor, por hermana Agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Alabado seas, mi Señor, por hermano Fuego,
a través del cual nos iluminas la noche:
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.

Alabado seas, mi Señor, por hermana nuestra Madre Tierra,
la cual nos sustenta y gobierna, y produce diversos frutos
con coloridas flores y hierbas.

El pacifista

El último verano se desdibujó. El año avanzaba hacia el otoño. El obispo de Asís quería ofrecer cuidados a Francisco en su palacio. Así, Francisco fue llevado a la casa de piedra en la ciudad. El Hermano Leo y el Hermano Ángel continuaron cuidando de Francisco, ya muy enfermo.

Francisco notó que el obispo y el alcalde de Asís estaban en medio de una disputa y se habían vuelto enemigos – a causa de motivos terrenales. Preocupado, preguntó: “¿No hay nadie que trate de que estos dos importantes hombres hagan las paces?” Pero nadie se ofreció a hacerlo. Así que Francisco compuso un nuevo verso para el cántico al sol, un verso acerca del perdón:

*Laudato si, mi Signore, per quelli
Ke perdonano per lo Tuo amore
Et sustengono infirmitate et tribulatione.
Beati quelli ke 'l sosterrano in pace,
Ka da Te, Altissimo, siranno incoronati.*

Loado seas, mi Señor, por aquellos
Que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que la soporten en paz,
Porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Entonces, Francisco pidió a dos de sus Hermanos: “Vayan con el alcalde y denle mis saludos. Pídanle en mi nombre que venga al palacio. Tengo algo importante que decirle”.

El alcalde admiraba mucho a Francisco, así que respondió a su llamado. Llevó consigo a varios consejeros de la ciudad para acompañarle. Cuando llegaron al jardín del palacio, y ante la petición de Francisco, el obispo también se presentó.

Francisco había pedido a dos Hermanos que cantaran el Cántico al Hermano Sol para aquellos que estaban ahí reunidos, incluyendo los nuevos versos. Antes de comenzar a cantar, uno de los mensajeros de Francisco dijo: “Francisco ha solicitado que el canto de alabanza que habremos de cantar lo lleven a sus corazones y piensen en él”. El alcalde, de pie, unió sus manos.

Los Hermanos comenzaron a cantar, verso tras verso. A través de una ventana abierta, el canto llegó hasta la cama de Francisco, quien inundó el canto de paz. Entonces se cantó el último verso:

Loado seas, mi Señor, por aquellos
Que perdonan por tu amor,
y soportan enfermedad y tribulación.
Bienaventurados aquellos que la soporten en paz,
Porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Tanto el obispo como el alcalde se conmovieron profundamente. El alcalde se acercó al obispo y le ofreció su mano en señal de disculpa. Ambos se dieron un sentido abrazo frente a todos los presentes. El plan de perdón había funcionado.

Los Hermanos y todos los demás estaban sorprendidos y felices. Todos consideraron que el hecho de que Francisco hubiese de vuelta la paz a Asís había sido un milagro.

Despedida de la vida terrenal

Los Hermanos sabían que Francisco no se sentía cómodo en el entorno de riqueza que se vivía en el castillo, pues él se consideraba el sirviente de la pobreza. Sabían que Francisco no estaba cómodo, aunque su ceguera le impedía mirar la grandeza de los salones de mármol.

Cuando el enfermo sintió que la muerte estaba próxima, solicitó ser llevado a Portiuncula. Quería terminar donde había iniciado. Fue llevado en una camilla hasta el valle. A medio camino, Francisco solicitó que la camilla fuese puesta en el suelo. Se incorporó un poco y dijo una bendición dirigiéndose a la ciudad: ¡Ésta debía permanecer como morada de la paz y del Espíritu Cristiano!

Durante los días que permaneció aún con vida, frecuentemente pedía a sus Hermanos: “¡Cántenme el Cántico del Sol!” Indicó a sus Hermanos que una hogaza fuese partida en trozos y puesta sobre una charola. Ofreció a cada uno de los presentes un trozo de pan y su bendición. Después, compuso un último verso para la Canción del Sol, dedicado a la Hermana Muerte:

*Laudato si, mi Signore, per sora nostra Morte corporale,
Da la quale nullu homo uiuente pò skappare.
Guai a quelli ke morrano ne le peccata mortali.
Beati quelli ke trouerà ne le Tue sanctissime uoluntati,
Ka la morte secunda no 'l farrá male.
Laudate e benedicete mi Signore
Et rengratiate e seruiteli cum grande humilitate.*

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte
corporal,
De la cual ningún hombre viviente puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
¡Bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu
santísima voluntad,
Porque la muerte segunda no les hará mal!
Load y bendecid a mi Señor,
dadle gracias y servidle con gran humildad.

En la noche de su muerte, una bandada de alondras rodeó el
techo de paja bajo el cual yacía Francisco. Y los pájaros cantaron
hasta altas horas de la noche mientras su alma entró en el camino
hacia el Cielo.

Francisco de Asís – querido y
admirado por más de 700 años.

Y, sin embargo, estamos siempre se
movía de nuevo
por su vida y sus actos.

A continuación, estas historias se
volvieron a contar con maestría por
Jakob Streit.

(Para mayores de 6 años)



38 Main Street
Chatham, NY 12037